3758

EL RECLAMO DEL BARRO



Luis A. Mososo Vega

Para la Biblioteca de la Universidad de Nuevo León
con atento
Luis A. Ugalde

3758
3758

EL RECLAMO DEL BARRO

M1887

DRAMA

EN TRES ACTOS, UN PROLOGO Y EPILOGO.- PROSA

ORIGINAL DE

LUIS A. MOSCOSO VEGA

CUENCA—ECUADOR

1945

EDITORIAL EL MERCURIO

«*Vivitur parvo bene, qui paternum.*
Splendet in mensa tenui salinum....»

«Dichoso aquel en cuya frugal mesa se ve brillar el salero que heredó de su padre....»

Horacio: Oda VII a Grosfo. Vers. XIII.

PROLOGO

Escenario: Un camino sigzagueante entre un peñón que domina un valle.

Personal: Antonio, Rección y el Solitario.

Escena Unica

Rec. (apareciendo entre unas rocas, seguido de Antonio. Están fatigados y llevan un fusil). Hasta aquí, nomás, patrón; hasta aquí, nomás.

Ant. ¿No subimos hasta la cima?.

Rec. Me da miedo, patrón...

Ant. ¿Miedo? ¿miedo de qué?

Rec. Por aquí vive el Solitario

Ant. ¡El Solitario!

Rec. Sí patrón. Un hombre malo. Dicen que vive solo, que no habla, que no come y que descansa sobre la tierra desnuda haciendo penitencia.

Ant. ¿Vive en terrenos de mi hacienda?

Rec. Ha tomado posesión entre estas rocas. Los que le vieron llegar dicen que tiene cara de condenado.

Ant. Será un ladrón de ganado... ¿Dónde estará?

Rec. Desde el valle le vemos andando por aquí. Ahora no parece... pero... yo me regreso, patrón; me da miedo.

Ant. ¡Rección!

Rec. Amito.

Ant. ¡Eres un cobarde!

Rec. ¡Patroncito!

Ant. Ve al borde de ese risco y grita; llama al Solitario.

Rec. ¡Vendrá el Solitario, patrón!

Ant. Eso quiero.

Rec. Te hará algún daño, patrón.

Ant. ¡Grita, Rección; te lo mando!

Rec. ¡Patroncito!

Ant. ¡Grita!

Rec. Se me atranca la voz, patrón.

Ant. ¡Lárgate y déjame solo!

Rec. ¡No, patrón! Tampoco bajaré al

valle yo solo. Te haré compañía para lo que sea.

Ant. Llamaré yo, (*apoya el fusil en una arista y el momento de llevar las manos a la cara para recoger la voz, un brazo tembloroso aparece y toma el fusil*).

Rec. ¡Alau, amito! ¡El Solitario!

Ant. (*resueltamente*) ¡Hombre o demonio, sal y escúchame! (*gritando*) ¡Solitario, Solitarioooooo!

Rec. ¡Por allí, patrón, por allí apareció la mano misteriosa!

Ant. (*sacando el revólver y en alta voz*) ¡Eh, amigo: sal de ahí, sal y hablaremos!

Sol. (*sin aparecer*) ¿No me harás daño, don Antonio?

Rec. ¡Ya te conoce! patrón!

Ant. Ningún daño. Quiero verte.

Sol. (*un hombre de mirada extraviada; cubren su cuerpo jirones de tela; se presenta y se aparta un poco, con temor. Con voz cascada dice*) ¡Don Antonio!

Ant. ¿Quién eres?

Sol. Un desafortunado. Soy el Solitario. ¡Soy quien llaman el Solitario!

Rec. ¡El Solitario! ¡Alau, alauuuuu! (*desaparece, gritando cobardemente*) ¡Aaaay!

Ant. ¿Dónde vives?

Sol. Antes de hablar, guarda tu arma.

Ant. Deja también el fusil.

Sol. Lo tomé para evitar que dispararas. Se hubiera producido el escándalo y yo quiero eludir la divulgación de mi historia. Más todavía: quiero que nadie sepa de mi existencia. ¿Por qué me buscas?

Ant. No pensé buscarte. Cazábamos en la altura y se me dió por venir a este peñón para husmear cubiles.

Sol. Aquí hay sólo nidos. Los cubiles de los leopardos quedan en la otra cima.

Ant. ¿Quieres decir que no hay peligro?

Sol. Yo no hago mal a nadie, don Antonio.

Ant. ¿Cómo supiste mi nombre?

Sol. Lo he sabido siempre: soy de El Trigal... Sé que son tus tierras, que vivo en tu hacienda. Pero... es muy poco lo que ocupo: esa cueva, esas hojas y un poco de sol...

Ant. Eres un misterio.

Sol. Perdón: un dolor.

Ant. ¿Quién eres?

Sol. ¡Ah esa historia es muy larga y muy amarga! Pocos la conocen.

Ant. Yo necesito conocerla.

Sol. ¿No permitirás que continúe en

tus dominios?

Ant. Bueno... tengo que saber qué haces por aquí.

Sol. ¿Yo? Sufrir...

Ant. ¡Vamos, hombre! Me dices quién eres y qué haces o te vas este momento de mi hacienda. Por lo menos he de saber quiénes viven en lo mio.

Sol. Tus peones me han visto.

Ant. Y te temen.

Sol. No me comprenden.

Ant. Eres una roca.

Sol. ¡No! Soy un poco de tierra llevada por el viento de la tragedia a caer en esta altura... Perdóname, don Antonio. Regálame un poco de tu compasión y déjame abrazar esta santa tierra a la cual ofendí con mi indiferencia y luégo, con mi ingratitud .. Conduélete de mi tormento o mátame de una vez. Cuando sepas quien soy quizá me perdones o quizá me mates. Sería el mejor favor...

Ant. Empieza, hombre, empieza, que de aquí a mi casa hay distancia y la noche será oscura.

Sol. Vive un poco de la mía que es toda una tiniebla. Sentémonos y te diré mi vida, si tanto te empeñas.

Ant. Está bien.

Sol. (*enseñando un prendedero*) ¿Ves esta Joya?

Ant. Un prendedero, un tupo de los que usan las indias.

Sol. Sí...

Ant. ¿Prenda de amor?

Sol. Convertida hoy en puñal de tormento...

Ant. Comienza ya.

Sol. Contaba yo catorce escasos años. Nací en la hacienda vecina de El Trigal. Un día pasaba por el camino que lleva al pueblo. Junto a la entrada de la hacienda de don Ramón me encontré con una campesina, hermosa e ingenua, que se llamaba Encarnación. Entonces...

TELON

ACTO PRIMERO

Personal: Jesús, Encarnación, Taita Camilo, Nati, Isidoro, Tomás y Toribio.

Escenario: Un camino campestre cercado de piedras. Un portón rústico que da a un huerto. Al fondo, un paisaje serrano.

Esc 1a.

Tor. (*entrando seguido de Encarnación)* Ya estamos aquí, Encarna; te hemos ayudado a traer la manada.

Enc. Dios le pague, tio. Cuando toque huasicama de Uds. yo también vendré ayudar.

Tor. Aquí hay buena hierba y las yuntas se engordarán. Eso está bueno porque ya se acercan las aradas. Que buena tierra es esta de El Trigal: semilla que cae no se desperdicia y runa que nace aquí nunca se va para otros lados buscando la vida. ¿Para qué van

a ir si aquí encuentran todo? Hasta las solteras son más lindas que las de otros puntos. Yo no cambiaría mi choza con la hacienda El Mirador.

Enc. ¿Con el Mirador? Está loco, tío Toribio.

Tor. Pues no, Encarna: esta tierra mía es como madre, madre propia, corazón de runa que nos da vida y cariño. Ya verás cuando seas más experienciada.

Enc. Yo, para decir verdad, sí tengo ganas de ir para otros lados.

Tor. ¿No tienes aquí cariño?

Enc. Cariño también no falta, pero...

Tor. Pero qué? Los cholos de El Trigal son valientes, trabajadoros, vos debes escoger bien.

Enc. Todavía no es hora.

Tor. ¿Por qué no? Ya vas haciéndote mujer. Es mejor casar pronto. De no, el diablo tienta.

Enc. ¿De cuántos años casó Ud.?

Tor. Yo me amarré prontito y vivo contento a pesar de que la Nati me contrapuntea en todo. ¡Qué mujer! Si digo que es de noche, dice que el sol está saliendo; si pido lluvia, ella dice que no es necesaria, y, así, en todo, ya no tengo valor.

Enc. Ya vé, tío: matrimonio es cosa pesada.

Tor. Pero, tiene también su dulce. Al fin las huarmis son la mitad del hombre y la vida no ha de ser pura fiesta. El mundo es así: parte risa, parte lágrimas... Pero, me voy, soltera: estarán haciendo falta. Queda nomás pastando y cuida que los animales no entren al sembrado... Por este camino ha de pasar mi huambra Jesús. Dirás que venga pronto para que me ayude a torcer las sogas. Nos hemos de estar viendo por este camino: hasta luego soltera. (vase).

Enc. Hasta luego... ¡Qué tío Toribio! Si el supiera que el cholo Jesús me anda torciendo los ojos. Cholo decidor y de buena idea, hace mismo revolver el zhungo. ¿Qué será al fin el cariño? Amor es cosa agradable, pero matrimonio... para qué pensar. Marido pega, marido injuria y hay que aguantar; para eso es marido. (*hilando un copo de lana, se sienta al borde de una cerca*) Por este camino todo el día pasan runas. (*cantando)*

Onde te vayas,
onde te hallares,
con mis clamores
te encontraré.

Onde te vayas...

Esc. 2a.

Misma y Jesús

Jes. ¡Encarna!

Enc. (*sin levantar la vista*) ¿Qué quieres?

Jes. ¿No ves quién soy?

Enc. (*mirando y algo sorprendida*) ¡Jesús Huaraca!

Jes. El mismo en cuerpo y alma, golpecito de mi corazón.

Enc. Andas nomás vagabundiando. ¿Qué viniste hacer por hacienda de ño Ramón?

Jes. A buscar una china.

Enc. ¿Una china? Las chinas no son piedra de camino.

Jes. No, Encarna: son geranio de cerca.

Enc. Sabrás que en El Trigal no dentra cualesquiera. Ño Ramón es hombre de cuajo.

Jes. Yo también soy de El Trigal, yo también nací por aquí y tengo derecho de andar.

Enc. Bueno... ¿Y para qué la pendencia? Sigue tu camino.

Jes. Después de coger el geranio.

Enc. ¿Geranio? Aquí no veo. Habrá pues en el jardín.

Jes. Vos soy mi flor, mi plantita fra-

gante.

Enc. Callarás, Jizhuco.

Jes. Encarnita, torcaza de mi monte, no llores en mi alero; más bien canta para alegrar mi pecho.

Enc. Estarás formal, Jesús Huaraca.

Jes. ¿Sabes dónde está mi alero?

Enc. Te ha dentrado el viento en la cabeza. Huaira uma. ¿Qué alero?

Jes. (*señalándose el pecho*) Este, este de mi corazón.

Enc. Viniste a dañar mi hilado.

Jes. Vine a hilar un cariño. Vos sois el estambre; yo, la trama. Hemos de tejer una manta para abrigar nuestras vidas. ¡Achachay, Encarna! ¡Que fría está la tierra!

Enc. (*sollozando*) ¡Jizhuco!

Jes. No te apenes, soltera.

Enc. Me da una corazonada.

Jes. ¿De qué?

Enc. (*riendo*) No sé... Hoy has venido afilado el pico.

Jes. Para cantarte.

Enc. Entonces, cantemos.

Jes. Ya está.

(*ambos cantan poniéndose inmediatos*)

Onde te vayas
onde te hallares,
con mis clamores
te encontraré.

Enc. Me da un recuerdo.

Jes. ¿De qué?

Enc. De la escuela.

Jes. Allí cantábamos. (*toma la mano de Encarnación*) Manito tuya, hojita de col para recibir rocío.

Enc. Deja el galanteo.

Jes. Es cariño de verdad... Manito tuya para batir dulce de amor.

Enc. (*apartando la mano*) Deja pueden ver los runas.

Jes. Que vean, no es ofensa coger la mano.

Enc. Creerán...

Jes. Que crean. Yo no ofendo El Trigal. ¡Si con amor ofendiera la tierra! Con el corazón se siembra, con el corazón se cosecha; sin cariño no nace la yugada... (*vuelve a tomarle la mano*) ¡Ya está en mi poder el geranio!

(*La vos de Camilo llama*) Huambras, huambras, ayuden! (*Encarnación salta la cerca y olvida el copo de lana*).

Enc. ¡Dije que pueden ver los runas! (vase)

Esc. 3a.

Mismos y Taita Camilo

Cam. (*sin aparecer*) ¡Cholo Jesús!

Jes. Mande, taita Camilo.

Cam. Ayúdame a pasar el riego.

Jes. Ya voy. (*vase y regresa apoyando al viejo*)

Cam. Ya no puedo con esta pierna.

Jes. ¿Por qué se le encogió? ¿Quiere contar?

Cam. ¿No sabes la historia?

Jes. No, taita Camilo.

Cam. Porque me burlé de un hombre lisiado. Fué una tarde que le encontré bajando del pueblo. Era yo muchacho. Le remedé para hacer la chanza entre mis compañeros y me quedé así. Ya ves que no es de hacer burla de los mayores. Pero (*observando el copo de lana*) ¿Qué es eso?

Jes. Un huango que han botado.

Cam. ¿Que han botado? No mientas, chiquillo. Oí dende el camino que parlabas con alguien. ¿Quién era?

Jes. Una longa.

Cam. ¿Quién?

Jes. La Encarna.

Cam. ¿Por qué se fué.

Jes. Estábamos parlando y de miedo que nos trincara don Ramón y al oir pasos en las hojas secas, corrió y se olvidó la prenda.

Cam. No estarían rezando cuando ha huído. Uds. han estado en amores.

Jes. Para decir verdad, yo le estaba tendiendo el ala.

Cam. ¿No sabes el cuento?

Jes. ¿Qué cuento?

Cam. El hijo de tío Venancio ya le tiene adelantado el cariño.

Jes. ¡El hijo de tío Venancio! ¿El cholo Pedro?

Cam. El mismo. Le ha regalado huallcas y en la fiesta de la Dolorosa dicen que se ha palabriado.

Jes. ¡Oyaá! Pero ella parece que me corresponde.

Cam. Así son las mujeres: de dos caras. Andan mostrando los dientes al primero que les mira. Ríe por aquí, rie por allá: la cosa es tener dos zopencos a la picota.

Jes. Si una vela se apaga...

Cam. Eso era antes... Ahora no se apaga ninguna.

Jes. Taita Camilo para burlón.

Cam. Sí, cholo, si. Te hablo con experiencia... Bueno me voy. Tengo que ir al encuentro.

Jes. ¿De quién?

Cam. ¿No sabes? Está viniendo un taita cura de la ciudad. Dicen que se llevará a los cholos para el convento. Puedes pensar vos también: allá se come y se viste bien y se tiene en las manos al Señor de todas las cosas. Ya verás... Ayúdame a pasar el riego. (*vanse ambos*).

Esc. 4a

Encarnación y Nati.

Enc. (*aparece con recelo; observa por todos lados, recogiendo el copo de lana*) Nadies parece. ¿Por dónde iría el Jesús? (*se sienta y sigue hilando*) ¡Cuándo se acabará el tiempo de huasicama! Esto de pasar la vida en el pastoreo es cosa que no agrada al sentimiento. Para qué decir lo que no es: encontrar con los cholos sí es cosa de alegría. Y si le tengo simpatía al Jesús.

Nat. (*al pasar, advierte a Encarnación y se detiene*) ¿Cuándo ajustas la cuenta?

Enc. La semana del lunes. Buenas tardes, tía Nati.

Nat. ¿No vas al encuentro?

Enc. No puedo por la ocupación.

Nat. Yo estoy yendo para ver si entrego a taita cura al cholo Jesús. Quizás también saldrá haciéndose taita cura.

Enc. (*sorprendida*) ¡Taita cura!

Nat. ¿Por que nó? Tiene el huambra buen pensamiento y sabe la doctrina. Después de un tiempo vendrá de cura al pueblo.

Enc. ¡Helay que novedad!

Nat. Aquí le andan inquietando las longas... Bueno, hasta vernos, chiquilla.

Enc. Hasta luego, tía Nati.

Nat. (*saliendo*) Verás que las vacas no entren al maizal.

Enc. Viendo estoy... Oiga, tía.

Nat. ¿Qué dices, chiquilla?

Enc. ¿El matrimonio es contra para los taita curas?

Nat. ¡Chiquilla dementada!. Eso es querer unir agua con aceite... Sacerdocio es cosa sagrada, cosa blanca...

Enc. Entonces... tendrá el Jizhuco que dejar las chinas.

Nat. Estás horada, chiquilla. ¿Qué chinas tiene?

Enc. Hay bocas que dicen que tiene sus cariños.

Nat. Huambra inocente, mi .hijo; ¡qué cariños va tener! Todavía el diablo no le ha ganado. Y, si tiene su tentación, pues que se santigüe. ¡Cómo ha de perder semejante oferta! Veremos que dice el santo sacerdote. Mañana en el convento será la presentación. Ya taita cura del pueblo me tiene ofrecido. El cholo no sabe todavía... me voy, me voy se hace tarde. .

Esc. 5a.

Mismas y Toribio

Tor. (*apareciendo al otro extremo*) Espera, mujer, espera.

Nat. Ya se hace tarde para recepción.

Tor. ¿Y vos qué tienes que ver?

Enc. Dice la tía que va a entregar al Jesús a taita curas.

Tor. ¿A taita curas? ¿Qué has hecho que yo no sé?

Nat. Para qué vas a saber. Vos, en la arada, en la siembra...

Tor. ¡Y en mi casa también, Nati! ¿No soy tu marido?

Nat. Así es, señor; pero, estas cosas...

Enc. Deben poner de acuerdo, tíos.

Tor. Con esta no hay acuerdos, chiquilla. Es capaz de enterrarme antes que extienda la pata.

Nat. ¿Y para qué el careo delante de extraños? Cosas de casados no debe saber esta soltera. Vamos andando y diré las cosas.

Tor. Vamos antes que pierda el sentido y te remoje la cabeza en el riego del amo Ramón.

Enc. Piensen de armonía, tíos.

Nat. ¡Armonía entre el sol y la niebla es difícil! (*vase con Toribio*).

Esc. 6a.

Misma y Jesús

Enc. ¡Par de mayores más porfia-

dos...! ¡Diablo de cura será el Jizhuco! Con semejante modo de decir galanteos.

Jes. *(apareciendo de improviso)* ¿Volviste, mi geranio?

Enc. ¡Taita cura!

Jes. ¿Por dónde viene?

Enc. Por ningún lado. Está aquí.

Jes. ¿Dónde?

Enc. Hablando conmigo.

Jes. *(acercándose a Encarna)* Muestra la cara, copetito de paloma. ¿Tomaste zhumir?

Enc. Las novedades vienen en el viento.

Jes. Sí, las novedades del cholo Pedro.

Enc. ¿Del Pedro? Ese no es mi conocido.

Jes. Sí, del Pedro.

Enc. ¿Qué dices, Jesús?

Jes. Todo se sabe. Vos ya estás adelantado el cariño con el cholo.

Enc. Y vos, con taita cura para entrar en el convento. Vas a hacerte taita cura.

Jes. Mi flor, mi Encarna ¿qué mal viento te ha dado, quién te ha mentido?

Enc. Sin querer me contaron... Y no vengas con dulzuras. Sacerdocio es cosa sagrada, cosa blanca... Matrimo-

nio no puede juntarse: es agua con aceite.

Jes. Madrugadita de sol, canto de tórtola en oración; dices esas cosas porque estás queriendo al Pedro.

Enc. Te he dicho que no vengas con galanteos... El no va irse al convento como vos... Vos sois sagrado.

Jes. ¿Qué has soñado, Encarna? ¿Quién te dió privativo?

Enc. Nada; es la verdad.

Jes. Me voy hasta que te pase la brujería. Pero, acuérdate que mi boca se comió tu cariño. (*vase*)

Enc. ¡Taita cura, ja, ja, ja *(cambiando el énfasis)* ¿Mi boca se comió tu cariño? ¡Es cierto! ¡Están mintiendo, están mintiendo los mayores! ¡Santo Dios, parece una pesadilla lo que está sucediendo!

Esc. 7a.

Misma y taita Camilo

Cam. Doncella Encarna.

Enc. Mande, taita Camilo.

Cam. ¿Sigue el pastoreo?

Enc. Hasta que venga la oración. Oiga, taita Camilo, dizque hay recibimiento grande.

Cam. ¿No vas?

Enc. No puedo.

Cam. ¿Esperas al cholo Pedro?

Enc. ¿Dónde saca Ud. esa historia?

Cam. Para decir la verdad, le menti al Jizhuco. Le menti, doncella, porque supe que estaba en tratos con vos. Eso yo no quiero, eso no me gusta.

Enc. ¿Usted es mi padre o mi madre para que impida?

Cam. No, Encarna, no. Pero, tengo una esperanza.

Enc. ¿La del sepulcro?

Cam. La de tu cariño.

Enc. ¡Usted! ¡Usted, taita Camilo, con esa edad y esa pierna torcida?

Cam. Con esa desgracia, soltera, con toda esa desgracia. Yo quiero un calor para mi casa, una compañía para mi vida y un remedio para mi mal.

Enc. ¡Calle taita Camilo! Está pensando locuras.

Cam. Mi corazón es joven todavia, soltera.

Enc. Sabrá el Jesús, taita Camilo, sabrá sus intenciones y le faltará. El es hombre fuerte y valiente y no dejará robar su cariño.

Cam. ¿Quieres mucho al Jesús?

Enc. Como el vellón a mis ovejas. Crecimos juntos como maiz y fréjoles y enredamos nuestra vida como raices de sementera en tierra negra de sembradura.

Cam. Pero, no será tuyo.

Enc. ¿Por qué?

Cam. Porque es cholo joven, como chorrera de montaña que se lanza de la altura sin saber por dónde seguir.

Enc. ¡Taita Camilo!

Cam. Doncella mia: hazte medicina para mi tormento.

Enc. Te tengo miedo, señor.

Cam. *(intenta acercarse y, en gesto trágico, domina el dolor que le produce el movimiento)* No soy demonio, chiquilla. Dame la mano.

Enc. *(saltando la cerca y huyendo)* ¡Déjeme, déjeme!

Esc. 8a.

Mismo, Tomás, Isidoro, Nati y otros.

Cam. Si mis piernas no me dan carrera, en cambio mis brazos tienen doble fuerza. *(mirándose los brazos)* Mis brazos son potentes y, una vez tomada la prenda, ro habrá runa que me quite... seré gavilán sobre la pollada! *(oyendo algazara)* ¡Eh, ya vienen los encontradores! por allí vienen los taita curas y los runas.

Tor. *(precediendo en el camino y seguido de Isidoro y varios indios e indias)* Por aquí Rdo. Isidoro, por aquí seguiremos a la parroquia.

Isi. ¡Cuán buenos sois, párroco y aldeanos de El Trigal. Vuestro recibimiento me obliga a todo.

Cam. Alabado sea Jesucristo, taita curas. Buenas tardes, vecinos.

Tom. ¿Cómo vas, taita Camilo? Este es, Rdo. Isidoro, nuestro más hábil tejedor de El Trigal.

Isi. ¿Cómo es tu nombre, hijo mío?

Cam. Camilo Matailo, para servir a taitito.

Isi. Buen Camilo. ¿Has venido también a recibirme?

Cam. No pude avanzar más por mi lesión, taita amito. Tengo las piernas encogidas y me valgo de estos muletos.

Isi. ¡Pobrecillo! Pero, tienes buenas las manos.

Cam. Soy chaupi – difunto, taitito. Está muerta la mitad.

Isi. Pero, Dios te ha compensado con la habilidad.

Cam. Así es, taitito.

Tom. Sin embargo, tiene esperanzas para todo: anda en pos de matrimonio.

Isi. Debía Ud. casarle cuanto antes.

Cam. Fuí matrimoniado, taitito; pero la suerte se llevó mi compañera... He de ir, taitito, para hacerte una consulta.

Isi. Llevadlo al convento.

Cam. Con tu perdón, iré mañana. Ahora quiero avanzar a mi choza que está distante.

Nat. Adelantaremos nosotros para esperar a taita curas en convento.

Tom. Sí, id nomás que ya vamos todos. (*vanse Nati y los indios).*

Esc. 9a.

Mismos

Isi. ¿Quieres de verdad casarte, Camilo?

Cam. Amito, quiero de verdad. Quiero compañía, quiero remedio para mi tristeza. ¿Crees que no me da aflicción verme solo y lisiado?

Isi. ¿Tienes hijos?

Cam. Por allí andan dos cholos y una doncella.

Tom. Te arreglaríamos el matrimonio si quisieras darnos uno de tus hijos. El Rdo. Isidoro ha venido con el doble propósito de visitar la parroquia y buscar vocaciones.

Cam. No sé qué decir, taita cura.

Isi. Sabes tú que el Seminario costea la educación y los demás gastos. Si siguiera uno de tus hijos el sacerdocio, serías muy feliz.

Cam. No sé, taita amito... Pero aquí

hay otros jóvenes de mejor cabeza que mis hijos para el catecismo. Vos sabes, taita cura, por ejemplo el Jizhuco, el cholo Jizhuco Huaraca que sabe rezar la doctrina como el agua y que es vivo y hasta labradito en cara.

Tom. En efecto, Rdo. señor, es un magnífico candidato.

Isi. Lo llamaremos. Y tú Camilo ¿ya tienes novia?

Cam. Estoy nomás, taitito, pensando en una longa.

Tom. ¿Quién es?

Cam. Para decir la franqueza estaba pensando... en la doncella Encarna.

Tom. ¿En Encarnación Morocho?

Cam. La misma, taita cura.

Isi. ¿Y te corresponde?

Cam. Parece que los viejos tenemos ventaja. Ella conoce mis tierras, mis animales y sabe que soy formal... Me ha dado alguna esperanza.

Tom. Es muy joven, taita Camilo.

Cam. Tengo alguna experiencia de la vida: a la soltera le agradan mis teneres.

Tom. Bueno... Lo veremos, ya lo veremos.

Cam. Mira, taita cura. Por allí viene el Jizhuco con su taita. Háblale de contado.

Esc. 10a.

Mismos, Jesús y Toribio

Jes. Buenas tardes, taitas curas.

Tor. Buenas tardes, taititos.

Isi. ¿Tú eres el famoso Jizhuco?

Jes. Para servir a su majestad, Jesús Huaraca.

Isi. Jesús Huaraca. Te suena el nombre, hijo mío.

Jes. Jesús, no tanto; pero, Huaraca, jay caray, ni que cuete de fiesta.

Tom. Hablas con el Rdo. Isidoro.

Jes. ¡Oyá! Isi...

Isi. ...doro.

Jes. Bonito nombre, pero...

Isi ¿Pero qué?

Jes. Da vergüenza de decir.

Isi. Dilo, dilo. ¿Pero qué?

Jes. No suena, taitito, no suena. Parece... Isi... isi... isi...

Tom. Respeto, Jesús.

Isi. Déjelo, señor cura, déjelo. No hay cosa como la ingenuidad.

Jes. La injuinidad, claro, taita cura, la injuinidad.

Isi. Este buen Camilo me da noticias de que podrías ir conmigo al Seminario.

Tom. Es una gran suerte, muchacho, que el Rdo. quiera llevarte.

Tor. ¿Para qué será, taitito?

Isi. Para que siga el sacerdocio. Faltan vocaciones y la Santa Iglesia me envía a buscárselas en el campo.

Tor. ¿Para que sea santo sacerdote?

Tom. Sí, Toribio, para eso.

Tor. En el campo tenemos los indios, raices en la tierra, taitito.

Isi. Pero allá tendrás raigambres para el Cielo.

Tor. ¿Qué dices, cholo?

Jes. ¿Para hacer taita cura? ¡Hele esto no he soñado!

Cam. Sí, cholo, sí. ¿Qué más te quieres? Serás respetado, tendrás buen caballo, muchos diezmos...

Isi. ¡No! No hay que pensar en los bienes de la tierra. Ante todo en Dios y su Religión.

Cam. (*a Isidoro*) Le decía para halagar al cholo.

Tor. No te hables así, taita Camilo: los runas somos planta de la tierra que al transplantar pierde toda su verdura... Por mi pensamiento, no me agrada, ni el huambra tiene virtudes para tanta grandeza... No sé qué dirá él.

Jes. Yo para hacerme taita cura, no tendré aliento. Y... me gusta también vivir junto a los sembríos.

Cam. Cuando sea taita cura tendrá mejores.

Jes. Además me está naciendo el cariño y... cura con cariño ni para qué pensar, taititos.

Tom. ¿Quieres a alguien?

Jes. Tengo aquí dentro el deseo de pensar en formalizarme.

Isi. ¿Formalizarte? Pero tú no has sido informal, no has tenido tiempo de serlo. ¡Vaya que muchacho!

Jes. Yo no sé el castilla, señor. Quiero decir que pienso en vida seria, en matrimonio. Una sola huarmi, una sola para entregar todo el cariño. Si vos supieras el inga te explicaría mejor.

Tom. ¡Conque, esas tenemos!.

Isi. ¿Y con quién?

Cam. Con perdón, taititos, me voy. Mañana avanzaré al convento para saludar y hablar de mis asuntos. Ayúdame a pasar la acequia Jizhuco. (*apoyado por Jesús, sale).*

Esc. 11a.

Mismos

Tom. ¿Qué le parece, señor, el candidato?

Isi. Es un muchacho muy inteligente.

Tom. Queda encargada a su habilidad la conquista.

Tor. Es mucho pensar para el cholo.

Isi. ¡Qué raro! No le complace la ha-

lagüeña propuesta a Toribio.

Tor. Algún sentimiento me da el corazón... Pero, en fin, vos verás. (*entra Jesús*)

Tom. ¿Con quién, Jesús, con quién piensas casarte?

Jes. Con la china Encarna.

Isi. ¿Con la pretendida de Camilo, señor cura?

Tom. La misma. ¡Vaya qué curioso!

Jes. ¡Vaya que desgracia! ¡Ya entiendo todo el cuento! Taita Camilo mintió a la Encarna que yo iba a hacerme cura para él quedarse con ella....

Tom. ¡Silencio muchacho!

Isi. Déjelo, Sr. Cura. Es preciso saber cómo son las cosas. Más se puede con la paciencia.

Jes. Con permiso, taita curas. (*vase*)

Tor. Ya dije yo, taititos: el indio es planta con raíces en la tierra.

Isi. Creo, señor cura, que debemos continuar el camino.

Tom. Si, Rdo. Sr., sigamos. (*vanse*)

Esc. 12a.

Toribio, luego Nati

Tor. ¡Al Sacerdocio! ¿Qué va a hacer el cholo, cómo va a mentir su vida metiéndose en lo que no le toca? Buenos están sus brazos para la arada o para hacer leña en el cerro, pero no

para levantar la Santa Hostia en el Altar. En la tierra, en este pegujal que nos ha concedido la suerte, están enterrados sus pies a que siga creciendo junto con el maíz...

Nat. (*entrando*) ¿Qué estás diciendo? Que se vaya nomás, mejor. Aquí se pudrirá, le dará la helada.

Tor. No, Nati, no. Allá, en cambio, se sentirá extraño, se secará porque no es terreno para esta semilla que, si no está envuelta en barro, no nace ni da fruto.

Nat. Con cuidado, cualquiera planta florece.

Tor. Nosotros florecemos sólo en la montaña.

Nat. Esa es equivocación.

Tor. Ese es el destino.

Nat. Destino está en la voluntad.

Tor. ¡Mentira! ¿Por qué no se amañan los grandes a abrir la tierra; por qué no vienen ellos a regar con sudor la amelga en las cordilleras; por qué los patrones no valen para soportar las penas en las montañas?... Anda, anda, Nati, anda vos al baile y ponte sedas y esencias para ver si el corazón no se resiente. Somos hechos de distinta manera. ¿Por qué no pensamos como ellos; por qué ellos no hacen lo que nosotros? Somos desiguales. ¿Quién

tiene la culpa? ¿Por qué no nacemos todos del mismo tamaño y con la misma inteligencia?

Nat. Eso es cosa de cultivar

Tor. No Nati; no, mujer mía: eso no es cierto. Vos mismo no piensas como yo, a pesar de haber nacido en la misma tierra, de haber recibido iguales inviernos y de haber sido calentada por el mismo sol.

Nat. En cultivando...

Tor. ¡Cállate! Trae una planta de durazno a esta serronia y verás que no comes de su fruto... Lleva un venado del páramo al caliente y verás como sufre. Quieres enjaular al cholo, quieres quitarle la pampa....

Nat. Quiero hacerle hijo de Dios.

Tor. Todos somos, mujer; sólo en eso, somos iguales todos. Sólo Dios nos igualará en su posada. Mejor le servirá el Jizhuco desde estas montañas.

Nat. Más cerca de la Iglesia será más dichoso.

Tor. Qué más Iglesia que el campo... ¡Silencio, Nati! ¡No sabes lo que dices!

Nat. Quiero salvar su alma.

Tor. Lo que quieres es condenarle en vida. ¡Vamos a la casa!

Nat. *(humildemente)* Vamos, señor. *(vanse)*

Esc. 13a.

Encarna y Jesús.

Enc. *(entra con recelo)* ¿Ya se irían todos? ¡Santísima del Rosario, que no vuelva el viejo!

Jes. (*apareciendo al otro extremo*) ¿Y yo?

Enc. ¿Vos, taita cura?

Jes. ¿Ya te ganó la voluntad, taita Camilo?

Enc. No malpienses sin motivo.

Jes. Sí... vos no tienes la culpa. Pero, tengo un despecho.

Enc. ¿Por qué?

Jes. No sé. Me da un desconsuelo.

Enc. Yo no he dado ocasión.

Jes. Pero...

Enc. Pero ¿por qué el sentimiento? Tu voluntad está ganada por taita cura.

Jes. Me hablaron, pero yo no tengo resolución. No quiero encerrarme y no quiero dejarte.

Enc. Ya no dices cosas como antes.

Jes. ¡Encarna! No me nace la palabra; pero aquí dentro estás vos como niebla blanca cobijando mi cariño.

Enc. Vos también sois para mí como agüita de nevada.

Jes. Ofréceme tu voluntad.

Enc. Yo no he querido a otro... Sólo a vos, Jizhuco.

Jes. Dame la mano. (*se abrazan*) Otra vez no correrás.

Enc. Amor es como aparición: derrepente aparece y se queda en el recuerdo para todos los años.

Jes. Toma una demostración. (*obséquiale un collar*)

Enc. ¡Sumac huallca! Compraste para mi?

Jes Para vos, ojito de sol. En la feria de Loja cambié pensando en vos. Dos pesos de mi sudor y mi trabajo están ensartados en esa cadena.

Enc. Te haré una correspondencia.

Jes. ¿Me darás una mucha?

Enc. No, eso ca no.

Jes. Vay, dos que sean, dos contaditas para que la una no más no quede solita.

Enc. No... Eso para dar en casariando. (*sacando su gran prendedor del pecho y dándoselo*) Toma una compensa.

Jes. ¡Tu prendedor! ¡El tupo que ha estado siempre sobre tu corazón! Se prenderá en el mío para siempre... ¡Encarna: gotita de lluvia en tierra requemada, flor de zigzal de la altura que no es manchada ni con la sombra de los pájaros que vuelan!

Enc. A que veas mi sinceridad.

Jes. ¡Encarna de mi vida! Sois mis-

mo nubecita blanca en cielo azul o candela de choza en día de tempestad. ¿Nos casaremos?

Enc. En queriendo vos.

Jes. Para después de Pascua ¿Qué dices?

Enc. Avisaré.

Jes. Oite Encarna. Espera un rato. Voy a pedir la yunta a taita Manuel y vuelvo para ayudarte a llevar la manada.

Enc. ¿Volverás?

Jes. Hecho un viento. *(vase).*

Esc. 14a.

Misma y Camilo

Enc. ¡Matrimonio! Sólo en pensar me nace la alegría.

Cam. ¿Estás alegre?

Enc. ¡Taita Camilo! ¡No ande persiguiéndome; ya váyase, váyase de una vez!

Cam. No te asustes. No soy león ni tigre

Enc. ¡Váyase, váyase!

Cam. ¡Doncella mía! Hazte medicina para mi tormento.

Enc. Le he dicho que le tengo miedo.

Cam. Ya sé, ya me voy a llorar mi desgracia. Sólo un favor.

Enc. ¿Cuál?

Cam. No le avises al Jesús... Me faltará. *(deja caer intencionalmente uno de los muletos)* Encuéntrame, doncella, encuentra mi apoyo. Será la última vez que te molesto.

Enc. (*acercándose y levantando el muleto*) Tome y váyase.

Cam. (*tomándola por la mano y sin recibir el muleto*) ¡No, ahora no me voy! Quiero tenerte junto a mí.

Enc. (*forcejeando y llorando*) ¡Suélteme, déjeme, señor; voy a gritar!

Cam. ¡No grites! ¡Hoy seré gavilán sobre la pollada! ¡Serás mía, serás mía! (*aparece Jesús al otro extremo y observa sin ser visto)*

Enc. ¡Auxilio, auxilio!

Cam. ¡Serás mía: mis brazos son fuertes! (*trata de abrazarle; ruedan juntos, forcejean entre ayes de Encarna y por fin ésta se ve libre y corre, mientras Camilo queda en tierra sin poder levantarse).*

Esc. 15a.

Mismo y Jesús

Cam ¡Quise curar mi mal; pero he visto que soy un desgraciado!

Jes. *(entra afectando serenidad)* ¿Qué pasó, taita Camilo?

Cam. Me venció el muleto y caí.

Dios te mandaría para ayudarme. Ya cae la noche y quedando aquí hubiera muerto de frío.

Jes. *(ayudando a levantarse a Camilo)* Levántese, tío. ¡Que desgracia es la falta de piernas sanas!

Cam. Así es, Jizhuco, así es. Soy un desgraciado!

Jes. ¿Quiere que le ayude a pasar el riego? *(aparece Encarna y se oculta en seguida)*

Cam. Dios te pague, cholo.

Esc. 16a.

Encarna

Enc. *(Entrando)* ¡Dios mío, qué desgracia me persigue! Voy a rogar al patrón que permita el pastoreo en otra parte, ya en este lugar no hay valor. Bien dijeron que era camino público, que me encontraría con runas a cada rato y que han de venir los cuentos... ¿A dónde irá el Jizhuco con taita Camilo?... Ya sabe el cholo, ya sabe las vivezas del viejo... Dios mío: que no haya ninguna desgracia! *(óyense gritos y Encarna asómase al extremo para observar)* ¡Ya estarán peleando, Virgen Santa!

Esc. 17a.

Misma y Jesús

Jes. (*entra fatigado y nervioso*) ¡Encarna!

Enc. ¿Qué dices? ¿En qué te cansaste?

Jes. En nada...

Enc. ¡No sea...!

Jes. No... Ya se fué para su casa.

Enc. ¿Qué sangre tienes en tu mano?

Jes. (*tratando de limpiarse, la abre y deja caer el prendedero ensangrentado*) ¡No, no es nada!

Enc. ¡Jesús! ¡Vienes matando al viejo!

Jes. ¡Sí!... ¡Le hundí todo el prendedero en el pecho y... después le reventé los ojos!

Enc. ¡Jizhuco!

Jes. Los lisiados tienen pacto con el diablo.

Enc. ¡Mataste!

Jes. ¡Calla! No sabe nadie. Sólo vos.

Enc. ¡Lo que estuvo para suceder!

Jes. No pude aguantar. Nuestro amor se manchó con sangre... ¡Tu prendedor, tu prendedor, Encarna!

Enc. En mala hora te daría.

Jes. Di mejor a buen tiempo... Me llevaré tu prenda; nadie me quitará nunca .. pero, tengo que huír.

Enc. ¡No, Jizhuco!

Jes. ¡Sí! Vendrá la justicia, sabrá la

verdad y me llevará a la cárcel.

Jes. ¡Adiós, Encarna, adiós, geranio de mi cerca! No cuentes a nadie...

Enc. (*se le acerca, llorando y le detiene*) ¡Jizhuco!

Jes. Me voy para la ciudad.

Enc. ¡Peor, Jizhuco, peor!

Jes. ¡No! Me iré allá y entraré al sacerdocio para pedirle perdón a Dios... Yo no te merezco y no tengo nada en la montaña... Ni la tierra acepta mis raíces, ni mi corazón es digno de tu cariño. ¡Adiós Encarna!

Enc. ¡No, no, Jizhuco, no te vayas, no dejes que se cumpla la sentencia de taita Camilo. ¡Dijo que no has de ser mio! ¡Que sois chorrera de montaña que no sabe por donde correr...! ¡No te vayas!

Jes. ¡No te merezco!

Enc. ¡Ocúltate en la montaña, escóndete, piérdete en algún hueco de la altura!

Jes. La tierra es buena y se manchará con mi crimen. ¡Adiós! (*desprendese de Encarnación y vase*).

Enc. ¡No, no! (*cantando al mismo tiempo que llorando, repite*)

¡Onde te vayas,
onde te hallares
con mis clamores
te buscaré!

TELON

ACTO SEGUNDO

Personal: Jesús, Isidoro, Toribio, Nati, Encarna y Don Manuel.

Escenario: Una galería de celdas a un costado. Al otro, un huerto.

Esc. 1a.

Tor. (*entrando seguido de Nati*) ¿Dónde estará el Jesús? En la portería no pareció don Manuel.

Nat. El viejo portero qué milagro no estaría.

Tor. Dejan nomás abierta la puerta. Cualesquiera puede entrar.

Nat. Primera vez. En diez años de venir nunca ha faltado.

Tor. Así es... Es diez años que el Jesús vive en esta casa. Nunca hemos venido hasta este lugar. ¿No será sagrado?

Nat. ¡Que sagrado! ¿Acaso no te-

nemos derecho? ¿Acaso no vamos a tener hijo cura?

Man. (*entrando con disgusto*) ¡Qué estarán haciendo estos indios entremetidos!

Nat. ¡Indios! Vos serás chazo entremetido. ¿No ves que vamos a tener hijo taita cura?

Man. Inmediatamente afuera. Aquí no se reciben visitas. Y para Udes. está prohibida la entrada.

Tor. ¿Prohibida? ¿Por qué? Diez años hemos entrado y nadie ha impedido.

Man. Ya sabrán. ¡Afuera!

Nat. Chazo muerto de hambre. ¡Soy mama de taita cura!

Man. Eso no me importa.

Nat. ¡Blasfemo, atrevido, sinvergüenza! Te haré maldecir con mi hijo.

Tor. Calla, Nati. Vamos esperar en salón.

Man. Sí, váyanse, pero no se sienten en las sillas. Udes., en el corredor, ya lo saben.

Nat. ¡Diez años hemos sentado, diez años hemos venido!

Tor. Vamos, mujer, vamos. Haremos tiempo hasta que salga el Jesús y vos anda comprarás alguna fruta para dejar. (*vanse, seguidos de Manuel*)

Esc. 2a.

Jesús e Isidoro

Jes *(al sonar una campana, sale con un libro bajo el brazo. Viste sotana)* ¡No, no mismo puedo! Cuando miro cómo brotan los rosales y cómo la tierra se cubre con su primaveral manto de esperanza, me olvido de Teologías y el Latín me suena a voz de reproche y a lengua de insulto.. Pero... estoy quebrando una vida que ya tiene diez años de haber creado carne y conciencia en mi naturaleza. ¡Diez años desde que dejé el campo para venir al seminario! De ellos, seis se fueron en mi primera juventud, en el aprendizaje de humanidades y cuatro que se han sucedido desde que mis hombros sostienen este hábito negro y triste que me viene como un luto profundo por mi bien perdido, por mi tierra donde dejé sembrada una historia muy propia y muy sombría...

Isi. Señor Huaraca. ¿Hay nuevas rosas para la Virgen?

Jes. Se han abierto algunas, señor.

Isi. Tú, hablabas. ¿Había alguien por el huerto?

Jes. No, señor. Monologaba.

Isi. ¿Ensayabas algún sermón?

Jes. Mis labios se movieron y dije

algo en alta voz... No recuerdo lo que fué.

Isi. Hace algunos días te noto muy pensativo. Dime de una vez ¿tienes algo grave por resolver?

Jes. (*sacando el prendedero*) ¿Ve esto señor?

Isi. ¿Qué significa?

Jes. Esto tiene una historia muy doliente.

Isi. ¿Perteneció a tu madre?

Jes. ¡Ojalá hubiese sido suyo!

Isi. ¿De alguien que quisiste?

Jes. De alguien que quiero.

Isi. ¿Que quieres?

Jes. No puedo negarlo.

Isi. Ya no es hora, Jesús.

Jes. Si, no es hora. Pero, mi alma quedó prendida al bohío y la campiña. Tengo un conflicto en mi pecho, no puedo guardarlo y lo diré, lo diré, Señor.

Isi. ¡No te entiendo!

Jes. Fué fácil, señor, fué fácil... Creí que estaba en mi derecho. Sólo hoy que soy hombre y puedo distinguir el bien del mal, comprendo mi situación. Antes no pude: fuí niño o fuí ciego, no sé. Y seguí esta vida que no es para mí. No seré un buen Ministro del Altar. ¡Soy un asesino!

Isi. ¡Jesús!

Jes. ¡Por fin he podido decir la ver-

dad! (*llorando*) ¡Soy un asesino y estas manos que un día se tiñeron en sangre no podrán consagrar a Cristo!

Isi. ¿Qué dices, Jesús, qué dices?

Jes. ¡Que maté! ¡Maté con este prendedero que me regaló mi novia!

Isi. No puedo creerte.

Jes. ¡Créamelo! Esa es mi tragedia! ¡Maté un hombre!

Isi. ¡Mataste!

Jes ¡Si. Por eso mis manos son indignas de consagrar a Cristo!

Isi. (*tratando de consolarlo)* Se purificaron en el cultivo de la tierra.

Jes. No: soy todavía un malvado: ahora lo comprendo, ahora veo con claridad. Sigo manteniendo esta falsa modestia por temor. ¡Soy un farsante, estoy haciendo del sacerdocio un embozo!

Isi. No te desesperes.

Jes. ¡Soy un impostor!

Isi. Ten esperanza.

Jes. La tengo y la encuentro en el cultivo de estas plantas. Es por eso que me complacen los rosales y me alegra la tierra reverdecida. Yo debo ir a ella para entregarme en su regazo tibio y confidencial...

Isi. ¡No, Jesús, no! ¡Quédate, quédate entre nosotros, junto a Dios, en el camino de la virtud! Es para eso esta casa. Si Cristo murió en una cruz fué

para lavar los pecados, fué para perdonar a los hombres, fué para redimirnos. La Religión Católica es grande y la misericordia de Dios, infinita. ¡Ten fé, Jesús, cree en Aquel de tu nombre y olvida tu pasado para vivir este presente que te está dignificando, que te está volviendo hombre de virtud, que está rehabilitándote! Comprendo que tu falta fué por amor, no eres un asesino, no mataste por maldad, hijo mío... La Religión es un gran manto de consuelo y el sacerdocio, una senda de perfección. Si fuiste malo, si pecaste, si ofendiste a Dios, con tu vida de sacrificios, de oraciones, de penitencias, volverás a reconquistar tu alegria. ¡Las misas en las que consagrarás a Cristo purificarán tus manos...!

Jes. ¡No, no, señor, no puedo: ellas están manchadas para siempre! ¡De mi pecho ha huido la paz y me siento loco, atormentado, maldito! En mi corazón hay un infierno que me mata, hay una hoguera de desesperación que me consume...! ¡Voy al campo, voy a él como la gota de lluvia que del lodo sube otra vez a las nubes para ser pura y cristalina ..! ¡No soy digno de tener a Dios en mis manos! *(Llorando vase hacia las celdas)*

Isi. No, no. Eso no será. Tenemos

que salvarlo. ¡Dios mío dame valor y concédeme tu gracia para que se ilumine mi pensamiento! (*saca el breviario cuando oye golpes hacia el huerto*) No hay paz ni para rezar el santo oficio... ¿Quién va?

Esc. 3a.

Isidoro y Toribio

Tor. (entrando con recelo) ¡Taitito! No sale el Jesús y yo te me entré sin tu permisión.

Isi. ¿No sabes que ya pasó la hora de visita? ¿Queda alguien en el locutorio?

Tor. ¡Locutorio! No te entiendo, taitito.

Isi. Sí, Toribio, en el locutorio, en el salón de visitas.

Tor. Nadies parece... Da permiso, quiero ir visitando al cholo.

Isi. Ya no digas cholo. Es un hombre, un seminarista que muy pronto será sacerdote.

Tor. Amito... Yo no creí en tanta fortuna.

Isi. Dios te habrá recompensado por alguna buena obra tuya.

Tor. Yo no he hecho nada, amito. Es la bendición de Dios.

Isi. Oye, Toribio; tengo que decirte

una franqueza. Tu hijo es ya una persona de respeto y merece más veneración. Tiene por compañeros a jóvenes muy distinguidos, hijos de «amos» de la ciudad. Es preciso que para las próximas visitas vengan tú y tu mujercita un poco más aseados y con un vestido más decente... Por respeto a tu hijo y a esta casa que es bendita. ¿Has oido? Es por tu desdorosa presencia que se prohibió la visita el domingo pasado.

Tor. ¿Qué es desdoroso, amito?

Isi. Que mancha, que es descrédito.

Tor. ¡Descrédito, taitito! Ahora dices eso. ¿Por qué no pensaste antes, cuando conquistabas al huambra? Yo te dije, taitito, yo te dije que los runas somos hierbas del campo. Yo no quise, pero vino el cholo y vos y taita cura aceptaron.

Isi. No te resientas, Toribio.

Tor. No me resiento, taitito: veo la verdad. El chico vino con poncho, con sombrero de paja y calzoncito de lana. Trajo tierra en sus manos y suciedad en su cuerpo. Así vino, así entró y entonces... no fué desdoroso para el seminario.

Isi. ¡Toribio!

Tor. Amito, perdona el atrevimiento. ¡Entonces no fué descrédito!

Isi. Ahora es diferente su situación.

Tor. Su sangre es la misma, taitito y su cuerpo tiene todavía color de tierra. ¿Qué ha cambiado, qué milagro ha sucedido en su pobre carne para que hoy seamos mi huarmi y yo un descrédito para él? A lo más se habrá cultivado su pensamiento; pero, su corazón será igual... A no ser que él mismo tenga vergüenza de estos pobres viejos, de estos pobres indios, sucios y vestidos de lana...

Isi. El continúa siendo un buen hijo. Es por respeto a un Sacerdote que debéis presentaros de otro modo. ¿Comprendes que un peón no puede estar vestido igual que su amo? Un sacristán ha de ser distinto del sacerdote.

Tor. Esa es la diferencia que yo pensé en mi choza, taitito, cuando conquistaron al cholo. Diferencia de ropa, taitito; pero al fin diferencia entre el runa y el amo. Entre el runa que tiene barro en su cara porque nació en él, y el amo que no lo tiene, porque está lejos de la tierra, viviendo en otro mundo... Yo no quise, taitito, yo no quise que venga ese poco de lodo a manchar la casa de los consagrados...

Isi. ¡Toribio!

Tor. Te estaré ofendiendo, taitito, vos me perdonarás, pero tengo que decir

lo que siento, tengo que decir esa verdad...

Isi. Habla con tu hijo y encontrarás la razón. Yo voy a continuar mis oraciones. *(mutis)*

Tor. ¡Cambiarme de ropa, botar mi poncho, calzarme! ¡No, señor, eso no será nunca! Mi hijo, porque yo esté tapando mi cuerpo con un poco de bayeta que da la tierra, no me desconocerá. Yo seré siempre su padre... Ya vendrá y hablaremos....)*tomando asiento y llorando*) ¡Quitarme mi ropa, mi bayeta tibia que huele a El Trigal y que conserva el recuerdo de mis sementeras y mis manadas, eso no será, así me impidan la visita a mi hijo....! ¡Casa de barro, casa de lodo levantada con barro igual al que traigo en mis pies y en mi frente, no se manchará con mi presencia!

Esc. 4a.

Mismo y Jesús

Jes. ¡Padre mío! ¿Por qué lloras?

Tor. Tenemos que hablar, hijo.

Jes. ¿Qué novedad me trae; está enferma mi madre?

Tor. No, hijo, no. La Nati también está viniendo a verte; pero será la última vez.

Jes. ¡La última vez! ¿Ya no me quieres?

Tor. ¡Quererte, hijo! Te queremos siempre, hoy más que nunca, hoy más que cuando eras cholo y te llevaba por serranías y valles en mis brazos,

Jes. Pero, dígame, dígame qué sucede. *(aparte)* ¡Cada vez se agrava mi dolor!

Tor. Taitito dice que estamos tu madre y yo manchando esta casa; que debemos vestirnos mejor y que nos ha prohibido la visita porque no te merecemos con el poncho y la lliglla de bayeta. Quiere que nos mudemos, hijo, que también nosotros nos tapemos como caballeros! Que así como estamos no podremos verte y que somos la vergüenza de tus amigos, los caballeros de la ciudad.

Jes. ¡No padre, no! así sois míos y así traéis más fresco y más grato el recuerdo de nuestras montañas. *(abrazando a Toribio)* ¡Yo no te desconoceré, yo no dejaré de respetarte; seré siempre tu hijo, tu Jizhuco de tiempos pasados! no debéis cambiaros de vestimenta y, si os prohiben verme porque estáis vestidos como enseñó la naturaleza, pues yo iré a veros, a vivir con vosotros y abrazaros y reir y complacerme con la lana y el lodo que

tenéis en vuestros cuerpos.... ¡Padre mío, abrázame, abrázame fuerte porque somos los mismos, porque somos runas, hombres de la tierra, planta de campo con raíces en él, bien hondas y eternas.

Tor. ¡Hijo mío, mi Jizhuco!

Jes Así, padre mío; así estamos mejor. ¡Aparte los convencionalismos de la vida! Jesucristo también nació en un pesebre y fué calentado por un asno y un buey y nadie dudó de su divinidad ni le exigió vestirse como los reyes de entonces. ¡Yo seré un sacerdote y un apostol sin necesidad de llevar este jirón de tristeza y de duelo!

Tor. ¡Hijo mio!

Jes. ¡Padre!

Tor. ¡Qué bonito estás hablando! ¡Si ya pareces un taita cura!

Jes. Son diez años de educación, padre.

Tor. Siento tanto consuelo cuando me abrazas que pienso en que así sentirá la resequida cuando llega el invierno.

Jes. El abrazo de la sotana con el poncho, de la Doctrina y la Religión con la Raza Vencida. Así debió abrazar Cristo a sus discipulos al conquistarlos en el campo. Ellos fueron hombres rudos, campesinos, ignorantes.

Pero, tenían el alma pura y el corazón ennoblecido.

Tor. ¡Hijo mío! Canto de tórtola en mi alero. ¡Que bonito estás hablando!

Jes. ¡Padre!

Tor. ¿No te esperan para el rezo?

Jes. ¿Vendrá mi madre?

Tor. No sé porqué demora.

Jes. Hasta que llegue, voy a desocuparme de un asunto Me esperaréis aquí. (*mutis hacia las celdas*)

Tor. ¡Mi Jizhuco hecho un consagrado! Por eso querrán que no vengamos con esta huella de la tierra. No vendré si es necesario; pero, no me mudaré. Mi hijo llegará a la choza que fué de él y que es todavía y allá mezclaremos su palabra con la mía, sus lágrimas con las mías. ¡Jizhuco, mi hijo!

Esc. 4a.

Mismo y Nati

Nat. (*sin aparecer*) ¡Taita Toribio! ¡Señor! ¿Nuca cusa máipi canga? ¿Donde está, marido mío?

Tor. Ya está viniendo la gritona de la Nati.

Nat. (*entrando*) ¡Caipi cashcangui!

Tor. Hablarás castilla, mujer, hablarás racional. Aquí no entienden el inga.

¿No ves que son caballeros?

Nat. Patrones si entienden; estos será pues que no saben parla natural; eso es mejor: va nomás zhungo adentro llevando la razón... ¿Parece el Jizhuco?

Tor. Dirás el Jesús. El cholo Jizhuco se perdió, se fué, se fué de El Trigal y no ha vuelto más. Aquí está nuestro hijo, el señor Jesús que después de un tiempo nomás será taita cura.

Nat. Siendo mi hijo, será mi Jizhuco. Vos andas con viento en el seso.

Tor. ¡No! Tendrás que ser de otra clase para entrar en esta casa.

Nat. ¿Para ver a mi hijo?

Tor. Sí, para ver a tu hijo.

Nat. ¡Señor! ¿No entraste en el estanco?

Tor. Estoy con el pensamiento en su puesto. Para venir, tendrás que mudarte, que vestirte como las amas.

Nat. ¡Como las amas! ¿Hay alguna ley?

Tor. La ley de que nuestro hijo se merece más respeto y hay que venir vestidos como los caballeros.

Nat. Plata también está haciendo falta. En habiendo, sí pensara pues...

Tor. ¡Si pensaras!

Nat. ¿Por qué no?

Tor. Porque somos runas, porque

no podemos igualar.

Nat. Más porfiado que has de ser, señor.

Tor. Vos no entiendes. ¡Anchuy caymanta!

Nat. ¡Hablarás castilla, marido...! ¿Cuál es la orden?

Tor. La orden es que si no nos mudamos, si no dejamos la bayeta, no podemos visitar al chico. ¿Entiendes?

Nat. A mí si me sentara un copete como de las niñas y un par de calzado.

Tor. ¡Si te sentara!

Nat. ¿Por qué no? ¿Acaso no tengo la simpatía?

Tor. Primero lavaraste la boca y peinaraste con barbasco.

Nat. Cara labrada también si tengo.

Tor. Y nariz hecho puñete, también.

Nat. ¿Por qué casaste conmigo?

Tor. ¿Yo?

Nat. Sí, vos. Si era como aparecida no debías buscar.

Tor. ¡Hele la huambrita de catorce años! Casé por que... quise entrar al infierno en vida, Por eso...

Nat. Vos siempre llevando la contraria.

Tor. ¡Vos, mujer, vos! Toda la vida has contrapuntiado. Desde el tiempo que conquistaron al cholo, desde allí más que antes Vos quisiste que venga;

vos, sin pensar en ninguna razón.

¡Hele, ya está haciéndose taita cura. Nuestro hijo es cómo viento, sólo sentimos pero no podemos ver ni abrazar...

Es la última vez; así dijo taitito.

Nat. ¿De veras hablas, Toribio?

Tor. Nunca te he engañado. Este rato hablé con el chico y lloramos juntos y pensamos en este conflicto.

Nat. ¿De veras hay que poner zapatos y vestidos del extranjero?

Tor. De veras. Y si nó, no le veremos o no se consagrará.

Nat. ¡Santísima del Auxilio! ¿No se consagrará?

Tor. No... Bueno, de eso para seguir hablando en la choza. ¿Compraste ya un agrado?

Nat. (*mostrando un envoltijo*) Aquí está, aquí están oliéndose las frutas. Otro comedimiento está trayendo la Encarna.

Tor. ¡La Encarna! ¿Para qué viene ella?

Nat. Dijo que quería visitar al vecino y verle de taita cura.

Tor. ¡No, mujer; no conviene! ¡Vamos atajar que no entre en casa sagrada *(mutis con Nati por el jardín)* ¡Vamos!

Esc. 6a.

Jesús y Encarna

Jes. (sorprendido de encontrarse solo) ¿Se fué? ¿Por qué se fué mi padre? Quizá vuelva pronto. Iría seguramente a encontrar a mi madre.

Enc. Alabado sea Jesucristo.

Jes. Así sea.

Enc. ¡Corazón quebrado!

Jes. (reconociéndola) ¡Encarna, eres Encarna!

Enc. Onde te vayas, onde te encuentres...

Jes. ¡Cállate! No recuerdes nada. (*aparte*) ¡Dios mío, qué hago, Dios mío!

Enc. Sólo vine por una cosa. Preguntando llegué y entré hasta este convento.

Jes. ¿Te casaste?

Enc. Estoy palabriada.

Jes. ¿Con quién?

Enc. Vos te acordarás.

Jes. Ya nada recuerdo. ¿Con quién?

Enc. Con el Pedro. Con el cholo de la hacienda El Mirador.

Jes. De manera que no fueron falsas las palabras de Camilo.

Enc. Ya nada debes recordar... Después que te perdiste vino el Pedro: fué como profecía ¿qué tuve que ha-

cer?

Jes. Está bien... Bueno, vete: ya nada existe entre los dos.

Enc. Sí, sacerdocio es cosa sagrada, es cosa blanca y por eso se debe cortar todo recuerdo.

Jes. ¿Qué quieres decir?

Enc. ¡Dame mi prendedor! Necesito para dar al Pedro.

Jes. ¡Tu prendedero!... No sé qué fin tuvo.

Enc. Vos tienes; dame, dame pronto, antes que vengan tus taitas y antes que salgan los taita curas... Lo que me diste está aquí. *(entregando el collar)* ¡Aquí está tu huallca!

Jes. ¡Encarna!...

Enc. Toma, coge tu huallca, dame el prendedor.. Ese ya no prendió tu corazón... ¿Te recuerdas? *(suena una campana y se oyen oraciones: Ave María gratia plena Dóminus tecum...)*

Jes. ¡Calla y vete! Es hora de entrar a la capilla.

Enc. En tiempo antes no me mandabas así... ¡Mentiroso! ¿Ves que no fui candela de choza en día de tempestad ni nube blanca en cielo azul? *(arrojando el collar)* ¡Toma tu recuerdo, ingrato!... Y no te olvides lavar la sangre del prendedor! *(vase)*

Esc. VII

Mismos, Toribio y Nati

Jes. (*cayendo de rodillas ante el rosal, solloza*) ¡Aparta, Señor, de mi este cáliz de amargura (*nota que viene alguien y trata de disimular*)

Tor. (*seguido de Nati*) Ya vengo encontrando a la Nati.

Nat. ¡Hijo, Jizhuco, por fin vuelvo a verte!

Jes. Sí, madre mía. La he esperado con locura!

Nat. Te traje este agrado (*entrega la fruta*)

Jes. Se sacrifica.

Nat. Están buenas las naranjas.

Jes. Porque son suyas, como siempre.

Tor. ¿Cuándo se acaba el estudio, hijo?

Jes. El fin de este año está lejano todavía. Las vacaciones vuelven cada año.

Nat. Tus ojos están hinchados, hijo. ¿Estabas llorando?

Jes. No, madre: es el estudio, son las veladas largas de estudio. No se apure.

Tor. Di la verdad, hijo: has llorado. ¿Vino la Encarna?

Nat. ¿La Encarna? ¿Para qué, qué tiene que ver con persona sagrada?

Jes. Sí... vino... Cuando usted salió en pos de mi madre, pudo entrar ella.

Nat. ¡Soltera entremetida! Tanta será la curiosidad.

Jes. Fuimos vecinos y conocidos... Bueno, vamos al locutorio; este no es sitio para visitas (*vánse*)

Esc. 8a.

Isidoro, Manuel, luégo Jesús

Isi. (*apareciendo con un libro en la mano, lee algo en latín y cerrando llama*) ¡Manuel, Manuel... don Manuel!

Man. Señor ¿Llamaba?

Isi. ¿Por dónde andabas?

Man. Salí para encaminar a esos indios al locutorio y luego fuí a la calle para reclamar al sastre por la sotana para el señor Jesús. Dice el tal don José que entregará para el sábado porque está sin operarios. Tendrá el señor que no moverse hasta que le entreguen la nueva.

Isi. Quizá no haga falta, Manuel...

Man. ¿Que no haga falta ha dicho su Reverencia? Claro que hará, pues no va a pasar todo el año con una sola... Además, el diaconado tiene que

recibirlo decentemente vestido.

Isi. Tú no sabes Manuel... Jesús ti ne la idea de no continuar.

Man. ¡De no continuar! ¿Por qué?

Isi. Hay sus razones, tiene él sus razones de las cuales no es posible disuadirlo.

Man. ¿No es muy devoto?

Isi. Todo lo contrario: ha sido un ejemplo entre sus compañeros. Hay algo muy grave... (*se oyen pasos*) Pero callemos, viene él.

Jes. (*con el poncho del padre en los brazos*) ¡Señor Profesor!

Isi. ¡Qué haces, Jesús! ¿Para qué esa prenda de tu padre?

Jes. Me la prestó... Podría necesitarla.

Man. Señor Jesús dice el sastre que su sotana estará para el sábado.

Jes. (*haciendo un gesto desesperado*) ¡Mi sotana!

Man. La suya... Está ya cortada.

Jes. Ya no la requiero. (*intenta pasar hacia las celdas*)

Isi. ¿Dónde vas?

Jes. A cerrar mi celda.

Isi. ¡Jesús!

Jes. ¡Señor, perdóname...! Ya regreso. (*mutis*)

Man. ¡Se va!

Isi. ¡Pobre muchacho! No obstante,

procuraré reflexionarle.

Man. ¿Pero qué ha sucedido?

Isi. El reclamo del barro, Manuel: su tierra le llama.

Man. ¿Alguien le espera?

Isi. Alguien que está lejos.

Man. ¿El amor?

Isi. No... La desesperación...

Man. ¿Cómo?

Isi. ¡Chist! Ya viene.

Jes. (*con el poncho en la mano*) ¡Señor Profesor, sabéis todo mi dolor! ¡Ya no puedo más...! Seré un Ministro de Dios desde mi montaña, seré un sacerdote que se ocultará bajo mi poncho. (*comienza a desbotonarse la sotana*)

Isi. ¡Qué haces!

Man. ¡Señor Jesús!

Jes. No quise hacerlo a ocultas, señor, no tengo por qué huír ni tener vergüenza. Cumplo un mandato de la conciencia... La tempestad está hecha en mi pecho. Huelga aspirar al sosiego cuando el viento ha desgarrado el nubarrón. Calma encontraré tan sólo en la placidez de la campiña. Allá voy, allá me llaman cien voces de consuelo, mientras aquí me destrozan las zarpas del martirio surgido de una tenebrosa artimaña donde han brotado todos los dolores... ¡Allá voy!

Isi. ¡Jesús, hijo mío!

Jes. No llevo tonsura y nada me impide. (*quítase la sotana, se pone el poncho*) ¡Soy indigno de consagrar a Cristo con estas manos! (*señalando la sotana*) Ese jirón negro... (*óyese una oración a coro: Ave María gratia plena, dóminus tecum...*)

Isi. ¿Oyes eso?

Jes. Eso mismo me suena a censura, señor. Perdonadme y aceptad mis gracias por haberme llevado a conocimiento de la verdad... Reverendo señor Isidoro, quemad mi sotana al pie del altar: ¡será el incienso que no pudieron ofrecer mis manos culpables! (*toma el maletín y avanza por el huerto con paso lento, mientras Manuel e Isidoro permanecen con la cabeza inclinada*)

TELON LENTO

ACTO TERCERO

Personal: Jesús, Encarnación, Nati, Toribio, Tomás, Pedro y algunos campesinos que no hablan.

Escenario: El mismo del Primer Acto.

Esc. 1a.

Encarnación y Pedro

Enc. *(hilando)* Al fin la profecía de taita Camilo se cumplió. El Pedro, el cholo Pedro, que apenas me conocía, va a ser mi marido. (*se oyen silbos*) Ya estará viniendo. Yo me burlé de él, porque, en pensando bien, la verdad es que el Jizhuco era mejor. Hombre de pensamiento y de buena cara. Por eso mismo se está haciendo taita cura... ¡Lástima de mi prendedor!

Ped. ¡Linda soltera!

Enc. ¿Para qué estarás viniendo?

Ped. Para verte, mi china. Cómo

quisiera ser lana para estar en tus manos.

Enc. Calla, hablador.

Ped. Bueno, Encarna, cuenta qué pasó con el Jesús. Unas bocas dicen que estaba en tratos con vos.

Enc. Esa historia está en la entraña. ¿Para qué quieres saber?

Ped. Tu marido tiene que saber.

Enc. Maridito no sois todavía.

Ped. No seas tan secretada y mueve la lengua. En queriéndonos, no debe haber misterios. Voy a regresar dando un recado a tio Pacho. Vos espera aquí para conversar. (*vase*)

Esc. 2a.

Misma y Jesús

Enc. ¿Contaré, no contaré? *(mirando hacia el camino)* ¡Ea Dios! ¿Quién será el que viene para interrumpir nuestra parla? Facha de caballero tiene; pero, poncho de natural está puesto... Será, pues, algún leva robando gallinas. Esos patrones de la ciudad son mejor que gavilán cuando salen para las haciendas... ¿O será pullma vendiendo peines y espejos?

Jes. En el mismo sitio, Encarna.

Enc. ¡Jesús!

Jes. El mismo.

Enc. ¿Para qué viniste? ¿Qué andas haciendo? ¿Y la sotana?

Jes. Se debió quemar ante el tabernáculo.

Enc. ¿Por qué?

Jes. No pude consagrarme y he vuelto a El Trigal; he venido hasta aquí para buscarte.

Enc. ¡No, señor, no! Eso ya terminó. Y anda a tu casa, anda donde tío Toribio...

Jes. ¿Te casaste?

Enc. No todavía.

Jes. ¿Sigue cortejándote Pedro?

Enc. ¿Qué palabras dices?

Jes. ¿Sigue como tu enamorado?

Enc. Sí, señor; por eso quiero que te vayas, porque ya vendrá el Pedro.

Jes. ¿Recuerdas lo que sucedió con taita Camilo?

Enc. ¿Quieres decir...?

Jes. Sí, aquello que tú piensas,

Enc. ¡Matarás!

Jes. ¡Mataré!

Enc. ¡Auxilio, auxilioooo!

Jes. ¡Cállate, imbécil!

Enc. ¡Andate, vos sois maldito!

Jes Sin que yo sea el culpable, Yo, yo tengo la culpa de...

Enc. ¡Andate!

Jes. Quiero sólo hablar.

Enc. ¿Me darás el prendedor?

Jes. Ya no lo tengo.

Enc. Entonce se ha acabado todo entre nosotros.

Jes. ¡Ingrata!

Enc. ¡Endemoniado!

Jes. ¡Silencio, mujer! No eches más hiel en mi vida. Ya no te solicito, ya nada quiero de ti. ¡Eres estúpida y traicionera; eres como las vacas que apacientas! ¡Volveré, volveré ya no para quererte sino para atormentar tu existencia! ¡Adiós! (*mutis*)

Esc. 3a.

Misma y Pedro

Enc. (*quédase llorando y cuando entra Pedro*) En buena hora no llegaste antes.

Ped. ¿Por qué?

Enc. ¡Te matará!

Ped. ¿Quién?

Enc. El endemoniado.

Ped. ¿Qué dices?

Enc. El endemoniado, el que estaba haciéndose cura.

Ped. ¿El Jesús?

Enc. El Jesús.

Ped. ¿Y por qué quiere matarme?

Enc. La historia es larga de contar...

Ped. Cuéntame, cuenta todo de una vez.

Enc. Cuando el Jesús andaba con sus chanzas conmigo, vino un día taita Camilo y le metió en cuentos. El Jesús me reconvino; nos dijimos palabras y al fin se descubrió que el viejo quería casarse conmigo... Yo le tenía miedo y le andaba huyendo; pero, una vez dejó caer el muleto y me rogó que le alcanzase. Al entregarle me cogió del brazo y quiso faltarme. Vió eso el Jesús y, al llevar al viejo para apoyarle en el paso del riego, le despachó... Después entró el temor al cholo y, como por esos tiempos andaban los taita curas conquistando a los longos para el sacerdocio, se fué con ellos y comenzó el estudio. Ahora...

Ped. Espera. ¿Dices que le despachó?

Enc. Sí, allí en el riego; le tumbó en el agua y le clavó el prendedor en los ojos... ¡Le mató!

Ped. ¿El Jesús mató al viejo?

Enc. Sí, él le mató.

Ped. Esa historia es pura novedad.

Enc. Pocos sabemos.

Ped. Pero ahora...

Enc. Dice que te matará, porque así hizo con el viejo. Todos los que me quieren serán perseguidos por el endemoniado.

Ped. ¡A mí no me mata!

Enc. Te matará; ya está amañado a matar... Nada tiene que perder.

Ped. ¿Qué prendedor clavó en los ojos de taita Camilo?

Enc. El mio.

Ped. ¿Vos le diste?

Enc. Me sacó del pecho un día y me dió en pago una huallca.

Ped. ¿Qué hiciste la huallca?

Enc. Ya le devolví.

Ped. ¿Entonces vos estabas en amores con el Jesús?

Enc. Te digo que me quitó a la fuerza.

Ped. ¡Mentirosa!

Enc. Es la pura verdad.

Ped. Vos, Encarna, me estás engañando.

Enc. Te digo que es verdad como ahora es de día.

Ped. Me da un despecho.

Enc. ¿Tienes miedo de que te mate el Jesús?

Ped. ¡Nó!

Enc. ¿Entonces?

Ped. Me da celos. ¡Cosecha de otros!

Enc. ¿Qué estás diciendo?

Ped. Lo que vos mismo cuentas.

Enc. No comprendes mis palabras.

Ped. Si te comprendo. ¡Sementera robada!

Enc. ¡Pedro!

Ped. ¡Sí, ya sé todo! Nos encontraremos en la vida. ¡Adiós! (*mutis*)

Enc. (*saliendo tras de él*) Pedro, Pedro, entiende lo que te digo. (*al cabo de unos momentos regresa llorando*) ¡La vida se ha vuelto un infierno! ¿Por qué seré tan desgraciada?... Voy a seguirle para darle explicación. (*mutis*)

Esc. 4a.

Toribio y Nati, Después Encarna

Tor. (*entrando seguido de Nati*) Por ningún lado parece.

Nat. ¡Pobre mi hijo!

Tor. A ratos me da la idea de que están mintiendo.

Nat. Quién va a mentir. Si mismo taita cura del pueblo está diciendo.

Tor. También es verdad,

Nat. ¿Por dónde iría? ¿estará con frio, estará con hambre, qué pena andara matando su pensamiento? ¡Hijo mío, perdido en los caminos! ¿Por qué no volverá a la choza, por qué no regresará al fogón? No le faltaban siquiera unos granos de cosecha ni una vara de bayeta.

Tor. Ya la posesión no es tierra de él, mujer; ya ese retoño no crecerá en la montaña. Vos le apoyaste, vos misma desgajaste la rama de este árbol.

El probó golosinas de la vida, él se vistió como los grandes ¡qué va a amañarse al viento del monte y al sol de los cerros! Sacaron las raíces de la tierra donde nació ¿cómo puede vivir cortado un árbol? ¿Cómo puede volver a crecer en tierra removida y llena de piedras y durezas? ¡Para él ya no es la tristeza del barro de El Trigal!

Enc. (*entra sollozando*) Alabado sea Jesucristo, tíos. ¿Qué andan haciendo?

Tor. Buscando a nuestro hijo.

Enc. ¿No volvió a la choza?

Nat. Ni siquiera llegó.

Tor. Supimos por otras bocas que estaba rodeando El Trigal, pero no hemos topado.

Enc. Por aquí pasó.

Nat. ¿Por aquí? ¿A qué hora sería?

Enc. Hace rato no más.

Tor. ¿Le viste bien, Encarna, le conociste? ¿No estarían tus ojos equivocados?

Enc. Conversamos también... Me fué injuriando.

Nat. ¿Por qué sería?

Enc. El destino... Me tocó la desgracia como toca la helada la sementera tierna.

Tor. Nos ha tocado a todos, hija.

Nat. Sería voluntad de Dios.

Enc. Todo se ha hecho lágrimas y

tormentos.

Tor. En el principio vino la desgracia.

Enc. En el principio.

Tor. No era árbol de trasplantar.

Enc. Así es... Con permiso, tíos. La manada está brincando al sembrío. En atajando regresaré para parlar. (*vase*)

Esc. 5a.

Mismos y Pedro, luego Enca na y Jesús

Tor. Esta es otra que recibió el castigo.

Nat. Pobre soltera... Sin motivo. (*suena un rondador en tanto que los dos se sientan y oyen tristemente*)

Tor. El llanto como creciente de invierno quiere vencer.

Nat. Nuca causai pura tutaman ricchа.

Tor. Así es, Nati: nuestra vida se parece a noche escura... Y no saldrá la luna y la tempestad seguirá. (*termina la música y entra Pedro*)

Ped. ¡Ah tios! ¿Qué andan haciendo?

Tor. Estamos descansando para avanzar a la choza.

Nat. ¿No has visto, chiquillo Pedro a...

Tor. ¡Calla mujer! ¿Qué vas a pre-

guntar?

Ped. ¿Por el Jesús? ¿Por el endemoniado, por el matón? Ja, ja, jay, caracho. Dicen que me busca para matarme. ¿No sabrá que llevo esto? (*ostenta una enorme daga*)

Nat. ¡Por Dios, cholo Pedro!

Ped. Ya sabrán todos, yo he contado a todos que debe una vida. Y vendrán las autoridades... Eso es lo que yo espero.

Tor. Callarás, cholo, callarás.

Ped. Y estaba haciéndose taita cura.

Tor. ¡Cholo ladrón!

Ped. ¿Ladrón? ¿Yo ladrón? ¿Por qué me calumnias, tío Toribio?

Tor. ¡Atrevido! ¡Valiente con las huarmis!

Enc. (*entrando*) Ya regreso ¿Qué estabas diciendo, Pedro?

Ped. ¡Te andaba buscando!

Enc. Aquí estoy. ¡Mata si quieres!

Tor. (*blandiendo un leño*) ¡No te atreverás, ladrón!

Nat. Apacigüen, apacigüen!

Ped. ¡Sementera robada; china Encarna, yo no te quiero!

Tor. ¡Cholo cobarde, buscando a mi hijo!

Ped. (*da un empellón a Toribio y abofetea a Encarna*) ¡A mi nadie me somete!

Jes. ¡Qué sucede!

Ped. (deteniéndose) ¡Jesús!

Nat. ¡Está faltando a mi marido y ha pegado a la doncella, hijo... ¿Dónde, dónde estuviste, hijo; dónde la sotana, dónde el sacerdocio?

Tor. ¡Calla, calla, mujer, no preguntes! Ya hablaremos en secreto...

Jes. ¡Pedro! vete de aquí.

Ped. ¡Yo! ¡Runa como yo, qué tienes que mandar!

Nat. (interponiéndose) Calma, hijo, calma.

Jes. Quiero hablar con este.

Ped. Dí lo que quieras.

Jes. Vete, Encarna.

Ped. Yo me voy, pero nos encontraremos en el camino.

Jes. ¡Tú espera!

Enc. (saliendo) ¡Virgen Santa! (*aparte*) Avisaré a taita cura. *(vase)*

Jes. ¿Por qué has faltado a esa muchacha?

Ped. ¡Dió la gana!

Jes. Eres un imbécil, Pedro. ¿Qué culpa tiene esa pobre mujer?

Ped. ¡Ha sido tuya!

Jes. Piensa lo que dices, ignorante. Yo no he vivido en El Trigal.

Ped. ¡Ignorante! Vos qué tienes que decir. ¿No sois igual, no naciste también por estos lados? Runa, runa co-

mo yo, dónde has hecho caballero, por qué tengo que respetarte? Yo nací en El Mirador y vos en El Trigal, somos iguales, somos lodo de estos caminos y no tienes por qué quitarme el derecho sobre las solteras...

Jes. ¡Silencio! Eres demasiado necio para entender lo que ha sucedido. Mi vida será un misterio para tí, no comprenderás jamás... Lo único que quiero es que respetes a esa mujer y a estos pobres viejos que han sufrido tanto por una culpa que no ha sido mía ni de nadie, que ha sido la sentencia fatal escrita para atormentarnos porque el destino nos situó en esta condición vencida y trágica. Sobre la gran desgracia de ser como tú dices, lodo de estos caminos, ha caído el pisotón de los viajeros que necesitan convertirnos en tierra para avanzar con su cultura... Pero, estoy hablando algo que no entenderás.

Ped. ¡Runa como yo! (*saliendo*) ¡Ya nos encontraremos runa a runa para hablar sin tantas palabras que no entiendo! ¡Mi cuchillo si se entenderá con tu prendedor, matón... (*vase; Jesús quiere salir y le detienen sus padres*)

Tor. ¿Ves, mujer, tus consejos?

Jes. ¡Perdón, padre mío! Sólo la presencia vuestra ha impedido que come-

ta otra tragedia. ¡Tengo ansias, tengo ansias de irme contra todos, de ir a la muerte, al crimen, ciego, desenfrenado, sin esperanza... ¡Perdón y vamos, vamos a la tierra que fué mía y que ojalá conserve un poco de tibieza, de cariño y de compasión. (*vanse*)

Esc. 6a.

Tomás y Encarna

Tom. *(entrando)* Y tú, Encarna, vete con tus ovejas y busca otro sitio para pacerlas. En este camino público suceden tantas cosas y tú te encuentras siempre en peligro con cuantos aciertan a pasar.

Enc. Por estos rincones hay alguna hierba, señor, por eso vengo.

Tom. Búscala en otra parte.

Enc. En otra parte, me impiden, taitito.

Tom. Por lo menos no te sitúes en el camino.

Enc. Si, taita curita...

Tom. En el pueblo dicen que será perseguido Jesús por la justicia, porque él es el asesino de Camilo. Dicen que tú has declarado aquello.

Enc. ¿Yo, señor?

Tom. La noticia ha volado. Pedro se ha encargado de divulgar tan fatal

nueva.

Enc. El Pedro, el Pedro anda contando eso que yo le dije en confidencia. Cree que el Jesús todavía anda conmigo y, por venganza, anda publicando.

Tom. ¡Pobre Jesús! Ayer vino a verme y me refirió toda su historia: es un desgraciado.

Enc. A mí también me malmodió al saber que estaba por casarme con el Pedro... Yo, para decir verdad, también insulté.

Tom. No debías hacer eso. Es un hombre que sufre mucho. Está a punto de enloquecer.

Enc. Así es, taitito.

Tom. Vete, vete. Parece que viene Jesús por el valle. ¿Podrás reconocerlo? Ya mis ojos no pueden.

Enc. (*mirando con atención*) Sí, es él. ¡Viene con paso ligero!

Tom. Dime, Encarna ¿querrías casarte con Jesús?

Enc. No, taitito, me da miedo.

Tom. ¿Por qué?

Enc. En primero, él ya es educado y en segundo, ha matado y quiere seguir matando; y en tercero, ya no me querrá.

Tom. ¿Si yo le hablara?

Enc. ¡No, señor, no! Haz cuenta que

ya no existe.

Tom. Por si acaso pasarás por el convento mañana.

Enc. Por obedecerte, señor. Voy a rodear la manada (*vase*)

Esc. 7a.

Mismo y Jesús

Tom. He aquí una vida que llevada a la escena pecaría de inverosímil. Y es la realidad, la pura realidad.

Jes. Señor. ¿Está de paseo?

Tom. Me agrada dar una vuelta por estos lugares. Es tan agradable. ¿Has resuelto ya algo sobre aquello que hablamos?

Jes. Me encuentro con un problema. Soy un inadaptado.

Tom. Lo mejor que podrías hacer es constituirte.

Jes. He dicho que no me siento atraído.

Tom. ¿Qué haréis entonces?

Jes. Rodaré el mundo.

Tom. Esa no es una solución.

Jes. No; pero, significa algo para distraer mi vida.

Tom. Dijiste que era la tierra la que te atraía.

Jes. Lo dije... Pero ella no me recibe.

Tom. Te está recibiendo, Jesús.

Jes. No, no, señor; ya no es madre para mí. Una tierra con intrigas, con sangre, con odios y sin amor no puede hechizarme. ¿Qué tengo aquí, señor, qué tengo? Soy aquel que cantó el poeta en el Rinimi Llacta: Mana quiquin llacta shina, cuyanguichu runataca...» O aquel de Horacio «Vivitur parvo bene, cui paternum splendet in mesa tenui salinum, etc., que significa según sabe usted, en hermosa metáfora: «feliz aquel que sin salirse de su condición se da por satisfecho con vivir en aquella decente medianía en que vivieron sus padres... ¿Recuerda? ¡Yo aspiré, yo tuve ambiciones y me salí de mi condición! Ahí tiene el resultado...

Tom. Exageraciones, Jesús.

Jes. Verdades, señor.

Tom. Un momento, viene Encarna.

Esc. 8a.

Mismos y Encarna

Enc. (*entrando desesperada*) ¿Taitito, el Pedro está matando a tio Toribio!

Jes. ¿Pedro?

Enc. ¡Sí, vayan a separar!

Jes. ¿Ve usted, señor cura? ¡Es la vida, la vida ciega que me lleva por el derrotero del mal! ¡No soy culpable!

(mutis)

Tom. ¿Qué hace Pedro?

Enc. Se ha encontrado en el camino y el cholo, achacando el disgusto a tío Toribio, le está faltando. Cuando tía Nati salió en defensa, el Pedro sacó el puñal y clavó en el brazo de tío y golpeó a su mujer. Está rabioso y dice que nadie es hombre para burlarse de él... Yo estaba mirando desde el corral y corrí a avisar.

Tom. Hiciste mal, Encarna. ¿Qué sucederá ahora entre él y Jesús? Tú comprendes que este pobre mozo es un desilusionado y puede cometer cualquier cosa. Ya nada le importa y no es difícil que repita un homicicio.

Enc. Yo no supe qué hacer, señor. Los pobres viejos no podían con el cholo.

Tom. Estás nerviosa.

Enc. Sí, señor... ¡Y la que sufre soy yo *(llorando)* ¡Soy yo, señor, que no tengo otra falta que la de ser mujer!

Tom. Cálmate, mujer, cálmate. Por ahora pensemos en hacer algo. Voy a ver qué sucede. *(vase)*

Esc. 9a.

Misma, Pedro, Toribio, Nati y Tomás

Enc. Otro alboroto y otros heridos.

Me pondré al lado hasta que pasen. (*quédase a un lado mientras pasan varios indios conduciendo a Pedro que está desgreñado y con los vestidos despedazados*)

Ped. (*al pasar y mirando a Encarna*) ¡Por esta soltera, por ella estoy pagando. (*pasan*)

Tor. (*siguiendo también, apoyado en Nati*) ¡Qué falta estaremos purgando!

Nat. ¿Y qué dirá el Político? Vendrá la demanda, el juicio, los gastos. (*vanse*)

Tom. (*deteniéndose*) Cuando el indio se enfurece es una fiera indomable. No valieron amenazas ni ruegos...

Enc. ¿No parece, el Jesús, taitito?

Tom. No. Alguien aseguró haberlo visto desaparecer junto al río.

Enc. ¿No se botaría al agua?

Tom. No lo creo· Tú, Encarna ¿Permanecerás aquí un tiempo más?

Enc. Sí, hasta la oración.

Tom. Si ves a Jesús, vienes a avisarme.

Enc. Sí, señor. Pero, creo que no volverá. ¿Qué ha sucedido?

Tom. Riñó con Pedro; éste se halla herido así como Toribio. De Jesús no sabemos nada. Presumimos algo porque a Pedro lograron quitarle una daga ensangrentada.

Enc. ¡Mataría!

Tom. No suponemos tal cosa. Jesús ha podido correr.

Enc. ¡Dios Mío!

Tom. No olvides, Encarna mi encargo. (*mutis*)

Esc. 10a.

Misma y Jesús

Enc. (*se sienta para seguir hilando y canta*)

Onde te vayas,
onde te encuentres,
con mis clamores
te buscaré.

Mas, hoy me digo,
pasando el tiempo,
¡mis tristes ayes
vanos serán!

(*sobre una piedra aparece una mano ensangrentada; lo nota Encarna y se dispone a huír; pero, una voz le detiene*)

Jes. (*sin asomarse*) ¿Quién está allí?

Enc. ¡Yo nomás!

Jes. ¿Quién?

Enc. Encarna, ¿Quién sois?

Jes. Jesús.

Enc. (*abandona el copo y partiendo*) ¡Te andan buscando! ¡No has muerto,

agüita de nevada! (*mutis*)

Jes. (*asómase con la mano destrozada*) Con esto ha terminado mi misión. Ya no valgo para nada, ni siquiera sea para defender a mis padres... He sido insultado, he sido vencido. ¡No pude ser bueno, no pude ser sacerdote y ahora no puedo se hombre! ¡Pido a las montañas que se derrumben y me aplasten, que aplasten la gran vergüenza que significo! (*suena una música incaica lejana por unos instantes*)

Esc. 11a.

Mismo, Nati, Toribio

Nat. (*desesperada*) ¡Aquí, aquí estás, hijo!

Jes. ¡Aquí. Pero, ved mi mano, ved mi desgracia , ved mi tragedia!¡ Volví a la tierra creyendo en su reclamo y no he encontrado sino sangre y venganzas... ¡Soy un hombre que no puede permanecer en ninguna parte, soy un hombre sin asidero en la tierra...! Nunca lo tuve, ni en el convento, ni en mi choza, ni en el cariño...

Tor. ¡Hijo, hijo mío, ten valor y vuelve a la tierra, volvamos a la amelga fragante, a los trigales... ¡Volvamos, hijo, a enterrar tus raices en la tierra!

Jes. ¡Eso no, eso nunca: soy otro

hombre, soy un pecado encarnado en esta carne mitaya, soy un delito ambulante y quiero matar, quiero matar para borrar con sangre tanta tragedia...! ¡No puedo, ya no puedo pensar en la dicha que se ha perdido de El Trigal...

Nat Vivirás con nosotros, olvidarás la desgracia...

Tor. ¿Por qué no dijiste eso antes, mujer, por qué no dijiste, por qué no me oiste, por qué no comprendiste que siendo planta de tierra, que teniendo los pies en el barro iba a secarse al separarle, al arrancar esta rama de nuestra casta que tiene un solo camino: ¡el camino del dolor! (*forman un grupo y lloran abrazando a Jesús*)

TELON

EPILOGO

Personal: Antonio y Jesús

Escenario: El mismo del prólogo.

Escena única

Ant. ¿Y después?

Jes. Hui, hui, don Antonio y fuí por las serranías llevando a cuestas mi dolor, mi vergüenza y mi tragedia... ¡No podía quedarme! Me buscaron, me acosaron como a un lobo, pero pude ocultarme y burlar la búsqueda... Anduve mucho tiempo, quizá robando, quizá asesinando no por criminalidad, sino porque necesitaba vivir... Me hubiera quitado la vida, pero aquello juzgué como cobardía y seguí viviendo. Nadie supo mi paradero, cambiaba de morada cada día, hasta que se despreocuparon un tanto... Entonces, entonces... (*llora y calla*)

Ant. ¡Ánimo, ánimo, amigo!

Jes. Entonces bajé un día, aceché como un tigre y maté y maté; me era

tan fácil.. ¡Maté a Pedro y Encarna... ¡Quise borrar su recuerdo. ¡Maté! ¡Y hui otra vez...! Han pasado algunos años y he venido a tomar asiento entre estas rocas de tu hacienda El Mirador que ciertamente es tal porque se domina el valle. Desde aquí se mira todo El Trigal, la hacienda del finado don Ramón, la hacienda que fué el escenario de mi tormento, el principio de mi fatalidad y el fin de esta planta runa que no se aclimató en la ciudad...!

Ant. Pues bien, si ya nada tienes, si nada te atrae en la tierra, vuelve al sacerdocio...

Jes. ¡Calla! ¿Es ironía?

Ant. ¿Por qué no lo haces?

Jes. Ya no puedo, don Antonio. Mira mi mano izquierda: me faltan tres dedos que me los voló Pedro con su daga esa tarde que acudí en defensa de mis padres. Ya no podría consagrar y la Curia Romana no me licenciaría.

Ant. Crees entonces que eres un hombre anulado.

Jes. En todo, don Antonio, en todo. Déjame aquí, permiteme quedarme en tus tierras: no te hago ningún daño... Además, pronto saldré para cambiar de asidero; ando huyendo de mí mis-

mo, pero mi desgracia logra que me encuentre a cada paso, que encuentre mi drama y mi castigo a cada instante!

Ant. Te estás atormentando. Bien pudieras habilitarte.

Jes. No, don Antonio. Soy indigno de Dios y de los hombres. Por eso vivo en estas breñas. He conocido el bien y el mal y he llegado a ser lo que soy Si no me hubiera educado quizá hubiese olvidado mi primer crimen y hubiese vuelto a ennoblecerme al contacto de la tierra; pero ahora yo no puedo...

Ant. Estás en un error.

Jes. No. Es lo único que debo hacer: ser un peregrino que jamás encontrará paz ni consuelo.

Ant. Vamos conmigo. Tendrías ocupación en mi hacienda.

Jes. No, gracias. Tengo miedo de la gente y al mismo tiempo la odio. Soy una fiera y mejor estoy en mi cubil... Déjame, deja al Solitario, como me llaman y tú vuelve a tu hacienda porque ya cae la noche. Yo viviré mi tiniebla de sol, de riscos, de viento y de dolor... Ahora, resuelve lo que dije al principio: mátame de una vez, mata a esta fiera que encontraste en tu cacería... Y si no, seré un sacerdote, se-

guiré siendo el sacerdote del silencio, la soledad y el remordimiento! ¡Adiós, don Antonio! (*ocúltase por donde apareció al principio y Antonio, cabizbajo, toma su fusil y regresa*)

TELON

FIN.